



Universidad Autónoma  
del Estado de México

FILOSOFIA



# ENCICLOPEDIA de los animales mexicanos

## ESCEPTICISMO Y VIDA ANIMAL: una respuesta desde Michel de Montaigne

Dra. Verónica Díaz de León Bermúdez  
Universidad del Claustro de Sor Juana  
[v.diazdeleonb@universidaddelclaustro.edu.mx](mailto:v.diazdeleonb@universidaddelclaustro.edu.mx)

En el ensayo *El pájaro*, Chantal Maillard cuenta que alguna vez al estar leyendo, vino a ella un recuerdo de clase con su profesor de Ética. El maestro les decía que el que lee filosofía “levanta a menudo la cabeza como hace un pájaro al beber; así lo leído se filtra, como el agua en la garganta del pájaro, y se asienta en el entendimiento”<sup>1</sup>.

A propósito del recuerdo que comparte Maillard, en este escrito quiero hacer una interlocución con Michel de Montaigne y su postura ante el escepticismo, pues las expresiones que utilizó para darle mayor claridad a las ideas que quería transmitir recurren a ciertas acciones de los animales.

### 1. Un barniz superficial

Una incógnita frecuente cuando se explora la vida de los animales es saber si ellos ejecutan sus acciones bajo criterios racionales con los que –se dice– los seres humanos actuamos.

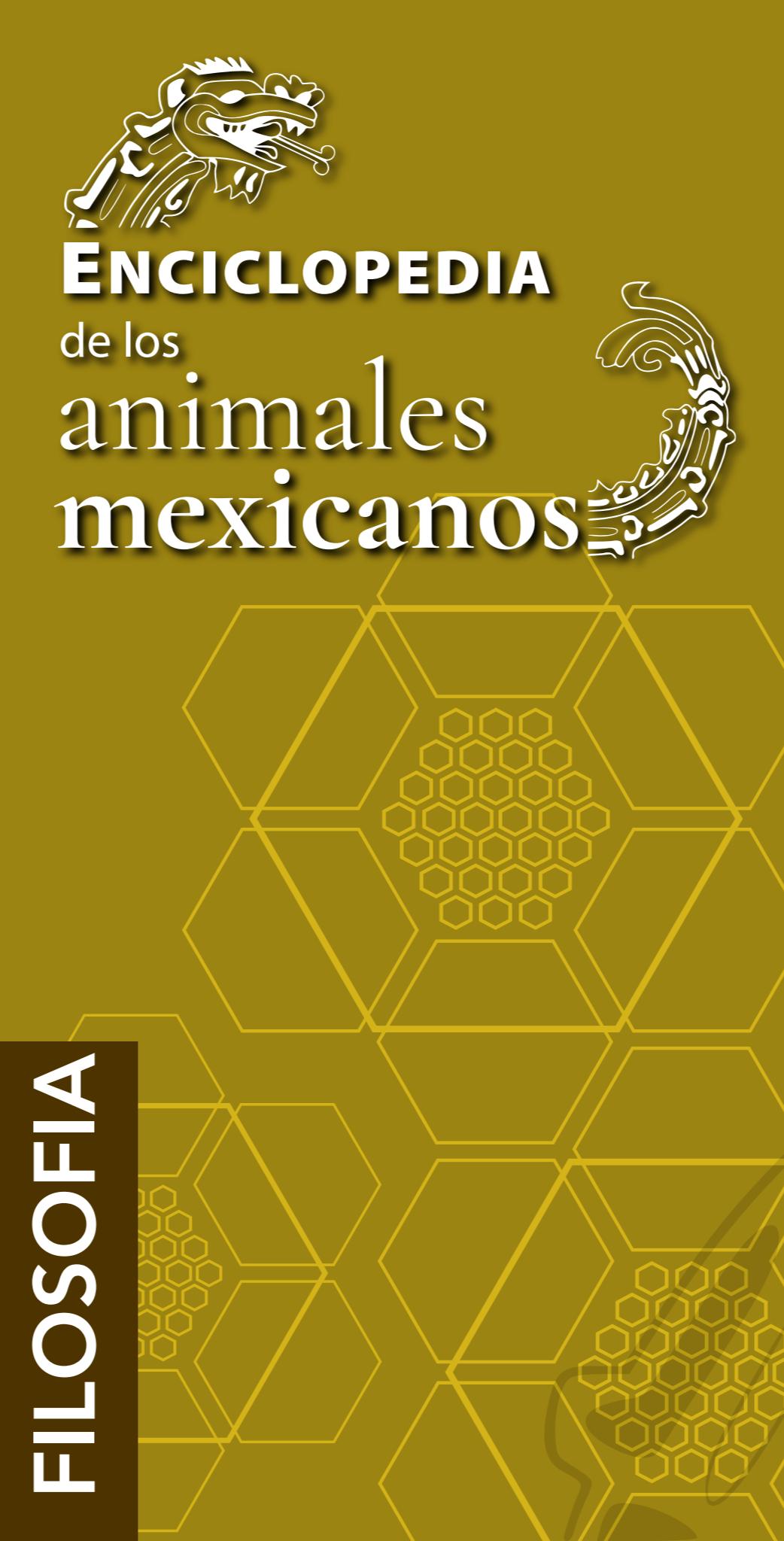
Hasta ahora, en los estudios en filosofía que he podido realizar, la respuesta más sensata que he encontrado es la otorgada por Michel de Montaigne (1533-1592).

Montaigne es popularmente conocido por ser “el padre del ensayo”, esa forma de escritura en la cual se privilegia la voz propia y el protagonismo de las cavilaciones personales que pueden o no dialogar con otras maneras de pensar.

En su ilustrativo estudio sobre Montaigne, Peter Burke indica que existe una tercia de factores que caracterizan el pensamiento del erudito francés del XVI, a saber: 1) evidenciar los desacuerdos entre los filósofos, 2) afirmar que existe sabiduría en los animales<sup>2</sup> y 3) la incertidumbre en el conocimiento proveniente de los sentidos. Asimismo, Burke afirma que estos elementos los emplea Montaigne para combatir las presunciones y vanidades de los hombres.<sup>3</sup> No obstante, consideramos que la postura montaigniana no tenía como intención la mera recriminación a la vanagloria de los seres humanos, sino inaugurar una nueva visión acerca de uno de los problemas más clásicos en filosofía: el escepticismo, así como comenzar a entretejer una posible solución.

Considerando exóticos casos de diferentes épocas y lugares<sup>4</sup> Montaigne señala lo absurdo de sustentar nuestro conocimiento en las costumbres, pues encuentra que éstas carecen de universalidad y validez pues ni siquiera para un número medianamente extenso de personas, ya que las costumbres son muchas y muy diversas hasta en una misma época: “Estos alejados ejemplos no han de parecer extraños si consideramos cuánto embrutece la costumbre nuestros sentidos, cosa que experimentamos de ordinario”<sup>5</sup>.

Como consecuencia de esta diversidad de hábitos, surge una amplia variedad de juicios, lo cual señala Montaigne implica un obstáculo para tener acceso a la verdad. En este punto no sólo apela a las costumbres sino al juicio natural, por lo que considera que todo esto es un debate irresoluble, pues no sólo hay diferencias de juicios entre los hombres, sino que, incluso, nosotros mismos



unas veces juzgamos de cierto modo y otras de manera diferente<sup>6</sup>.

Pero la manifestación más álgida que impide sostener con absoluta propiedad el conocimiento verdadero es que la mayoría de los hombres basa sus conocimientos en opiniones y costumbres. Al respecto, Montaigne comenta que hay verdades que el hombre acepta sin más razón que aquella que extrae del consenso y la opinión común, pero evidentemente éstas no pueden ser verdades genuinas pues su base es la opinión común.<sup>7</sup> También critica el llamado “Principio de Autoridad”, porque la solidez de las pretendidas verdades (si no todas, la mayoría de éstas) no tienen otro sustento que el hecho de haber sido propuestas por “un filósofo”. Es decir, se deposita toda la confianza en un autor, aun cuando éste presente deslices argumentativos, pero como ya se le ha conferido autoridad, no se cuestiona la coherencia o veracidad de lo que dice. A estas pretendidas verdades, Montaigne las denomina “razones primeras y universales” y las caracteriza de difícil escrutinio, pues son las que recibimos de nuestros maestros sin mayor cuestionamiento dado que se basan en las costumbres. Y como la mayoría tiende a seguir lo que recibe de sus preceptores, no se busca objetarlas en ningún sentido. No obstante, esto es un error en el camino hacia el conocimiento, ya que “los que no quieren separarse de la fuente original, fallan aún más...”.<sup>8</sup>

Así pues, dada la relatividad que causan las costumbres y el principio de autoridad, Montaigne tiene en poca estima a la razón de los hombres.<sup>9</sup> Si la razón es “un barniz superficial, de peso más o menos similar al de nuestras opiniones y costumbres”<sup>10</sup>, no hay sustento alguno que nos haga pensar que podemos confiar en las costumbres y hábitos que supuestamente se apoyan en la razón. Para demostrarlo, Montaigne cita varios ejemplos extravagantes, que en el lugar donde se practican son considerados sensatos:

[...] en una misma nación ponen las vírgenes al descubierto sus partes vergonzosas, mientras las casadas las cubren y esconden cuidadosamente[...] Hay lugares donde existen burdeles públicos de varones e incluso de matrimonios[...] Donde al comer se limpian las manos en los muslos y en la bolsa de los genitales y en la planta de los pies[...] Donde cuecen el cuerpo del

difunto picándolo hasta que se forma una especie de papilla que mezclan con el vino para beberla [...] donde no se cortan toda la vida ni pelo ni uñas; en otros lugares sólo se cortan la uñas de la derecha, y conservan las de la izquierda por elegancia... Y sabemos de regiones muy fértiles en toda clase de víveres, donde, sin embargo, los manjares más corrientes y sabrosos eran el pan, el mastuerzo [berro] y el agua.<sup>11</sup>

Ya sea un ejercicio de imaginación o una exposición de erudición, el hecho es que los ejemplos que nos presenta Montaigne tienen como finalidad, así nos lo parece, reiterar la fuerza que tienen las costumbres para guiar nuestros juicios y aceptar como verdades<sup>12</sup> actos que para otros pueden ser descabellados o irracionales, pero que por estar acostumbrados a ellos, parecen incuestionables y ciertos: “Nacen de la costumbre la conciencia que decimos nacer la naturaleza; sintiendo íntima veneración por las ideas y costumbres recibidas y aprobadas en derredor, nadie puede desprenderse de ellas sin remordimientos, ni aplicarse a ellas sin aplauso”.<sup>13</sup>

Consideramos importante destacar que los ejemplos montaignianos no se presentan para cuestionar las acciones bajo un criterio (si son buenas o malas) sino para poner énfasis en que las costumbres y los hábitos son una pésima fuente para establecer la verdad o falsedad, dado que éstas son variables según el lugar y la época, por lo que juzgar la bondad o maldad de los hombres a través de sus usos y costumbres es algo que no le interesa a Montaigne.

Por otro lado, es peculiar que Montaigne no sostiene en la *vida práctica* esta actitud crítica frente a las costumbres. Más bien, se identifica con la conducta de los pirrónicos, quienes sostenían que, dado que no podían encontrar conocimiento incuestionable, en la vida cotidiana no era apropiado buscarlo, sino vivir conforme a las costumbres.<sup>14</sup> Bajo esta misma consigna, Montaigne nos dice que:

[...] el hombre juicioso ha de separar su alma del vulgo y mantenerla libre y capaz de juzgar con libertad sobre las cosas; mas de puertas afuera, ha de seguir fielmente las maneras y formas recibidas. Nada se le da a la sociedad de nuestras opiniones; mas el resto, nuestras obras, nuestro trabajo, nuestras fortunas y nuestra propia vida, hemos de prestarlo y entregarlo a su



# ENCICLOPEDIA de los animales mexicanos



FILOSOFIA

servicio y a las ideas comunes, como aquél y bueno Sócrates rechazó salvar su vida desobedeciendo al magistrado, a pesar de ser un magistrado injusto e inicuo.<sup>15</sup>

Así pues, en el ámbito social, Montaigne parece ser un conservador a ultranza, pero esto nos parece comprensible tomando en cuenta que la época en la que él vive es la de las transformaciones cléricas y la lucha contra los reformadores. No es que pretendamos señalar a Montaigne como un beato del siglo XVI, 16 sino más bien como una persona atenta a los hechos de su tiempo, que se ha percatado del daño que han producido estas pugnas:

Me disgusta la novedad, cualquiera que sea la apariencia que presente; y motivos tengo, pues he visto consecuencias muy perjudiciales. La que nos abruma [la Reforma] desde hace tantos años, no ha hecho todo, mas podemos decir, con razón, que ha provocado y engendrado todo por casualidad, incluso los males y la ruina que padecemos desde entonces sin ella y contra ella, a ella debemos culpar.<sup>17</sup>

## 2. La desconfianza en los sentidos

Para Montaigne, la costumbre llega a dominar nuestros sentidos, pues aún cuando una sensación nos parece incómoda o desagradable, con el paso del tiempo nos acostumbramos y ya no causa ese efecto:

Como lo experimentan los vecinos de los campanarios. Vivo en una torre en la que, a diana y a retrata, toca todos los días el Ave María una enorme campana. Este estruendo espanta a la misma torre; y a pesar de parecerme insoportable los primeros días, en poco tiempo heme familiarizado de tal forma con él, que lo oigo sin molestia y a menudo sin despertarme.<sup>18</sup>

Este ejemplo nos es muy útil para hacer notar lo poco fiables que son los sentidos, pero sobre todo las costumbres. En éste, no es que el sonido deje de ser estridente, sino que, dada la costumbre de oírlo, ya no parece ensordecedor. Si llegara otra persona desacostumbrada a oírlo y dijera que es muy fuerte, a partir de la costumbre se le diría que no se escucha así, pero en realidad lo que ocurre es que la

sensación ya está modificada por el hábito de escucharlo.

No obstante, debemos ser cuidadosos y mencionar que la postura de Montaigne no es reduccionista, pues no promulga un rechazo absoluto al conocimiento sensorial. Desde los cirenaicos, pasando por Protágoras y llegando a los epicúreos, Montaigne critica la postura de aquellos que sostienen que los sentidos son la fuente -la única fuente- del conocimiento, pues para él estas teorías- y sólo éstas- lo conducen a pensar que en los sentidos "reside la mayor prueba y el mayor fundamento de nuestra ignorancia". Ahora bien, a pesar de esta crítica no podemos dejar que se interprete la postura del Erudito del siglo XVI como un enemigo del conocimiento sensorial. Lo que critica Montaigne de los antes citados es su concepción caricaturizada de cómo la percepción aporta conocimiento:

Sostenían los cirenaicos que nada era perceptible por fuera, y que sólo era perceptible lo que nos llegaba por la sensibilidad interna, como el dolor y la voluptuosidad; por no reconocer ni tono ni color sino sólo ciertas impresiones que nos llegaban; y que el hombre no tenía otro asiento del juicio. Protágoras estimaba que a cada uno era verdadero aquello que lo parecía. Alojan los epicúreos en los sentidos toda capacidad de juicio para el conocimiento de las cosas y para la voluptuosidad [...] Estas teorías me llevan a pensar en los sentidos en los cuales reside la mayor prueba y el mayor fundamento de nuestra ignorancia.<sup>19</sup>

Entonces, ¿cuál es la postura montaigniana frente al conocimiento sensorial? A nuestro juicio, la de un importante y erudito precursor del empirismo: "Aún atribuyéndoles el mínimo posible, siempre habremos de concederles [a los sentidos] esto, que por medio de ellos y por su intercesión *realízase (sic)* nuestro aprendizaje".<sup>20</sup> Más aún, cita Montaigne a Lucrécio: "Descubrirás que es de los sentidos, en primer lugar, de donde nos viene la noción de lo verdadero, y que no podemos recusarlos. ¿En qué podríamos tener más fe que en los sentidos?"<sup>21</sup>

Nuevamente debemos ser cautos con la lectura, dado que a los sentidos



# ENCICLOPEDIA de los animales mexicanos



no se les otorga un privilegio absoluto; si bien reconoce que de ellos obtenemos conocimiento, no debemos crear una total dependencia hacia ellos como fuente de conocimiento y lo explica haciendo referencia a dos casos. El primero es hipotético: llega a suponer que los cinco sentidos- que tan útiles nos parecen puede ser que no sean tan efectivos, porque frente a los animales o bien carecemos de muchos otros que algunos animales sí poseen o bien, hay animales que carecen de alguno de los que los hombres sí tienen y no por ello les falta “una vida total y completa”.<sup>22</sup>

El segundo caso para exemplificar que los sentidos no son lo único ni lo más importante en nuestro conocimiento, se refiere a un hecho real. Nos cuenta Montaigne que ha conocido a un hombre que siendo ciego (no recuerda si de nacimiento o desde muy pequeño) se desarrolla sin considerables diferencias al resto de los demás hombres, tan es así que usa expresiones como si poseyera este sentido.<sup>23</sup> De todo esto, lo que más nos interesa es el hecho que Montaigne no niega que de los sentidos provenga conocimiento, pero apunta que no es la única ni la más importante fuente de éste.<sup>24</sup>

Otro punto de la postura de Montaigne respecto a los sentidos es que se niega a considerar a los sentidos como la única y más importante fuente del conocimiento, porque suelen engañarnos o, peor aún, señala, dominan nuestra razón obligándonos a aceptar lo falso por lo verdadero: “Pues es cosa demostrada cada dos por tres que los sentidos dominan a menudo a la razón forzándola a recibir impresiones que sabe y discurre que son falsas”.<sup>25</sup>

Siguiendo con el argumento en torno a la participación de la sensibilidad en el conocimiento, el inicio del capítulo décimo tercero del último libro que conforman los Ensayos montaignianos, arroja considerables elementos para caracterizar la postura del autor:

No hay deseo más natural que el deseo del conocimiento. Probamos todos los medios que pueden llevarnos a él. Cuando nos falla la razón, usamos de la experiencia, que es un medio más

débil y menos digno; mas es la verdad cosa tan grande que no debemos desdeñar ningún camino que a ella nos lleve.<sup>26</sup>

Reiterando lo antes dicho, nos parece que la postura de Montaigne sostiene que: 1) la verdad es primordial, 2) la razón es el mejor camino para llegar a ella, 3) la experiencia no debe tomarse como la única vía para obtener conocimiento, y 4) si bien la experiencia no es el mejor medio para tener acceso a la verdad, tampoco es apropiado desdeñarla absolutamente.

### 3. Los problemas para establecer un criterio de verdad

Quienquiera que busque algo llega a este punto: o bien dice que lo ha hallado, o bien que no puede hallarse, o bien que sigue buscándolo. Toda la filosofía está dividida en estas tres categorías. Su intención es buscar la verdad, la ciencia y la certeza.<sup>27</sup>

Esta cita nos resulta muy importante porque será, según los fines de nuestro estudio, la ruta que guiará a Montaigne a definir su postura frente al escepticismo. Pero antes de llegar a dicha caracterización, mencionemos cómo describe la respuesta de algunas corrientes filosóficas escépticas frente a estas tres categorías: a) escépticos radicales: llamados así pues niegan la posibilidad de concebir la verdad y en palabras de Montaigne: “Su conclusión es la debilidad y la ignorancia”;<sup>28</sup> b) los pirrónicos: si bien no niegan tener acceso a la verdad, asumen que buscarla es una tarea prácticamente perpetua, por lo que tampoco pueden afirmar que algo sea verdadero así que “proclaman el movimiento, la duda y la búsqueda sin asegurar nada, sin responder de nada”.<sup>29</sup>

Parece ser que esta última es la postura con la que más simpatiza Montaigne, pues su “campo de acción” no sólo se extiende a la filosofía sino a la vida cotidiana, ya que, mediante la ataraxia, los hombres llevan una vida apacible, exenta de las agitaciones que recibimos por la impresión de la idea y el conocimiento que pensamos tener de las cosas.<sup>30</sup>



Pero la empatía de Montaigne con esta postura no nos parece que radique sólo en la serenidad de la vida, sino en un aspecto que, aunque a primera vista parece distante al problema del conocimiento, si se le presta más atención podemos percatarnos de su sustanciosa influencia. Nos referimos a que, en palabras de Cicerón, citado por Montaigne, “Tanto más libre y más independientes cuanto más intacta está su capacidad de enjuiciar”.<sup>31</sup> No hay motivo por el cual se deba reclamar a estos filósofos que, en vez de defender y obstinarse con una idea, optan por cuestionarlo todo: no hay razón alguna por la cual esta postura filosófica deba ser tildada de absurda: “¿No vale más permanecer indeciso que enfascarse en tantos errores como la imaginación humana ha producido? ¿No vale más dejar la convicción en suspenso que mezclarse en esas divisiones sediciosas y pendencieras?”<sup>32</sup> Y más aún, nos dice Montaigne, estos filósofos se sirven de su raciocinio “para preguntar y debatir, mas no para establecer o elegir”.

En este punto arriesgamos un ejercicio exegético que nos conduce no sólo a afirmar que estos pronunciamientos develan las verdaderas razones por las cuales Montaigne abrazó el escepticismo pirrónico, sino que esta libertad de poder emitir juicios y no estar supeditado a alguna postura, permite el avance hacia la verdad. Esta interpretación es arriesgada porque los pirrónicos no aceptarían dicho acercamiento, pero la consideramos significativa de cara a una de las consignas metodológicas cartesianas: la duda hiperbólica, pues no podemos llegar al conocimiento claro y distinto sin haber sometido a este férreo escrutinio aquello que suponemos verdadero.

También nos apoyamos en la interpretación de Cassirer, quien señala que “el escepticismo precava al individuo contra el imperio de las pautas morales impuestas desde fuera y, enfrentándose a todas las convenciones morales arbitrarias, le asegura la libertad discursiva de su juicio”.<sup>33</sup> Así que el punto de enclave sería que, justamente, para llegar al conocimiento, en un primer momento debemos asumirnos como pirrónicos, según la caracterización que nos ha presentado Montaigne y que bien nos parece se empalma con la metodología cartesiana. Además, como señala Cassirer: “la fuerza y la originalidad del escepticismo de Montaigne se manifiestan en el hecho de que sabe forjar los resultados positivos y los títulos de legitimidad de la nueva

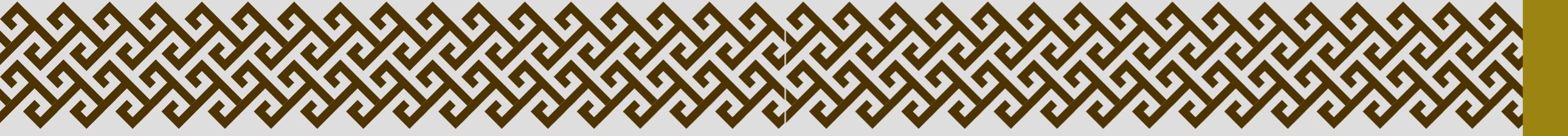
investigación, dialécticamente, en otras validez general del saber humano”.<sup>34</sup>

armas contra el valor y el criterio de la

#### **4. Apunte final. De lo mejor que te puede pasar en la vida**

Las menciones hechas por Montaigne sobre ciertos comportamientos de los animales resultan iluminadoras para una justa medida de los límites del conocimiento humano. Lamento sospechar que aún prevalece la idea de la superioridad humana frente a la vida animal por el mero uso de la razón, pero a bien el erudito francés del siglo XVI nos pone de manifiesto que de la vida de los animales es más lo que ignoramos. Por el contrario, si les observamos y logramos vincularnos con ellos, nuestra experiencia cognitiva y vital puede resultar más clara.

En efecto, la experiencia del pájaro del que habla Maillard, contribuye a comprendernos como seres que nos vitalizamos con el conocimiento, experiencia que ante la vastedad de datos que a veces nos invaden puede resultar olvidada. Pero también la vida de los animales puede ayudarnos a comprendernos afectivamente. Si tenemos la buena suerte de convivir con alguno de los llamados “animales domésticos” (habitualmente perros o gatos) podremos recibir las más genuinas expresiones de cariño. No es gratuito que a estos animales de compañía también llamados mascotas, los diccionarios definan dicho vocablo como “lo que trae buena suerte”. Porque sí, sus miradas prístinas y divertidas, su compañía cálida, su auténtico gusto por nuestra presencia, y hasta el profundo dolor que implica su muerte para enseñarnos a disfrutar el ahora, es de lo mejor que nos puede pasar en la vida.



# ENCICLOPEDIA de los animales mexicanos



## Referencias

- Burke, Peter (1983), Montaigne, trad. Vidal Peña, Madrid, Alianza, 103 pp.
- Cassirer, Ernst (2008), El problema del conocimiento I, trad. Wenceslao Roces, México, FCE, 616 pp.
- Maillard, Chantal (2014), La baba del caracol, Madrid, Vaso roto, 114 pp.
- Montaigne, Michel de (2006), Ensayos, tomos I, II y III, trad. Almudena Montijo, Madrid Cátedra.
- Popkin, Richard (2003), The History of Scepticism, New York, Oxford University Press, 440 pp.

<sup>1</sup> Chantal Maillard (2014), La baba del caracol, Madrid, Vaso roto, p. 47

<sup>2</sup> Por ejemplo, el perro que deduce, a partir de su olfato, qué camino tomar.

<sup>3</sup> Peter Burke (1983), Montaigne, trad. Vidal Peña, Madrid, Alianza, pp. 20-24.

<sup>4</sup> Como los mencionados por Platón o los que conocen de las nuevas Indias: "Créome, a este respecto, el antro de Platón en su <República>; y que tan a menudo dobleguen los médicos las razones de su arte a su autoridad; y que aquél rey (Mitrídates), por conducto suyo, obligase a su estómago alimentarse de veneno, y lo que cuenta Albert (teólogo alemán, 1193-1280) de la joven que se acostumbró a vivir de añas; en el mundo de las nuevas Indias, hallaron grandes pueblos y de muy distinto clima que vivían, hacían provisión de ellas y las comían, y otro tanto con los saltamontes, las hormigas, los lagartos y los murciélagos; y fue vendido un sapo por seis escudos durante una escasez de víveres; los cuecen y preparan en salsas distintas. Hallaron otros para los cuales eran nuestras carnes y viandas mortales y venenosas". Ver Michel de Montaigne (2006), Ensayos, Libro I, cap. XXI, trad. Almudena Montijo, Madrid, Cátedra, p. 158.

<sup>5</sup> Idem; las cursivas son mías.

<sup>6</sup> Ver Montaigne, Libro II, pp. 279-80. Otro aspecto que modifica la aceptación o rechazo de ciertos juicios es el ámbito de nuestro cuerpo y sentimientos, es decir, cómo nos encontramos físicamente y emocionalmente. Montaigne apunta que la salud y el ánimo influyen en nuestro juicio y en nuestras facultades (Op. cit., pp. 281-282).

<sup>7</sup> Op. cit., p. 250.

<sup>8</sup> Montaigne, Libro I, p. 167.

<sup>9</sup> En otros ensayos ha mencionado que ésta no debe considerarse como lo más valioso que tienen los hombres y que incluso quienes se vanaglorian de ella para diferenciarse de los animales cometan un gran error y la llega a comparar con las costumbres y opiniones. Ver Montaigne, Libro I, cap. XXIII y Libro III, cap. XIII.

<sup>10</sup> Montaigne, p. 161.

<sup>11</sup> Montaigne, pp. 162-165.

<sup>12</sup> Montaigne, p. 166 "Más el principal efecto de su poder es apoderarse de nosotros y dominarnos hasta tal punto que apenas esté en nosotros el liberarnos de su influencia y volver a nuestro ser para discurrir y razonar sus órdenes".

<sup>13</sup> Montaigne, p. 165.

<sup>14</sup> Ver Burke, pp. 23-24. ¿La famosa frase que sais-je? (¿Qué es lo que sé?) aparece grabada en una moneda que poseía Montaigne. Al reverso de la misma, se encontraba una balanza perfectamente equilibrada, lo que Burke interpreta como la postura de suspender el juicio en tanto que no podemos afirmar la existencia del conocimiento. Dado que todas las costumbres valen lo mismo, parece imposible no caer en el relativismo, por ello debemos suspender el juicio. Pero es imposible vivir siempre bajo

esta consigna, así que Sexto Empírico recomienda, en la práctica, una vida guiada por las costumbres de nuestro país o sociedad. Éste es un elemento que Montaigne exalta de la propuesta de Sexto, pues además de ser prudente, le parece lo más adecuado dadas las circunstancias presentadas a través de sus ejemplos (que muestran la diversidad de juicios y costumbres).

<sup>15</sup> Montaigne, Libro I, cap. XXI, p. 169. El ejemplo es atinadísimo pues, a nuestro parecer, es uno de los casos más emblemáticos de esta situación: anteponer las costumbres a nuestra razón, por más disparatadas que éstas sean.

<sup>16</sup> Incluso existe la controversia sobre lo "genuinas" que eran sus creencias religiosas (Ver Richard Popkin (2003), The History of Scepticism, New York, Oxford University Press, pp. 80-98) "Peligrosa osadía es, y de trascendencia, además de la absurda temeridad que supone, el despreciar lo que no concebimos. Ya que, si después de haber establecido según vuestro buen criterio los límites de la verdad y de la mentira, se da el caso de que habéis de creer forzosamente cosas aún más extrañas que aquellas que negáis, os veis entonces obligados a abandonarlos. Y es el caso que lo que me parece traer tanto desorden a nuestras conciencias, en todos estos disturbios de la religión en los que estamos, es ese sentirse dispensados por la fe por parte de los católicos" Ver Montaigne, Libro II, cap. XII, p. 240.

<sup>17</sup> Montaigne, Libro I, p. 170.

<sup>18</sup> Montaigne, Libro I, p. 159.

<sup>19</sup> Montaigne, Libro II, p. 309.

<sup>20</sup> Op. cit., p 310.

<sup>21</sup> Idem.

<sup>22</sup> Idem.

<sup>23</sup> Ver Montaigne, Libro II, cap. XII, p. 311: "Y como nosotros dirá: Esta sala tiene una hermosa vista; hay mucha luz, hace un sol hermoso".

<sup>24</sup> Basado en Teofrasto (ignoramos las causas primeras y los principios) Montaigne reconoce que en un cierto nivel los sentidos nos pueden proporcionar algún tipo de conocimiento medianamente aceptable, pero en el terreno del conocimiento absoluto, en el ámbito de los principios no tenemos posibilidad alguna de dicho conocimiento, mucho menos por esa vía, la de los sentidos.

<sup>25</sup> Op. cit., p. 315.

<sup>26</sup> Montaigne, Libro III, cap. XIII, p. 337.

<sup>27</sup> Montaigne, Libro II, cap. XII, p. 204.

<sup>28</sup> Asimismo, menciona que esta corriente fue la más insigne y con mayor número de seguidores.

<sup>29</sup> Montaigne, Libro II, cap. XII, p. 204.

<sup>30</sup> Ataraxia: del gr. **ταραξία**, imperturbabilidad. Al respecto Cassirer apunta que "se trata de que el espíritu, renunciando a todo fin absoluto, encuentre en sí mismo un punto fijo de equilibrio y de quietud sustraído a todos los cambios de las cosas de fuera". Ver Ernst Cassirer (2008), El problema del conocimiento I, trad. Wenceslao Roces, México, FCE, p. 204.

<sup>31</sup> Cicerón, Académicas, II, 3. Ver Montaigne, Libro II, cap. XII, p. 206.

<sup>32</sup> Op. cit., pp. 206-207. Esto en el ámbito moral se traduce en el hecho de que como los pirrónicos no pueden ofrecer alguna alternativa de cuál es la mejor y verdadera ley, asumen, con exemplar rectitud, las costumbres y las leyes. Por ello, es inapropiado desestimarlos o presentarlos como locos. Esto es bastante curioso, pues la opinión inmediata que se pueda tener acerca de alguien que no puede estimar que existe algo firme y absoluto sería que es una persona, por decirlo, desenfadada; pero para Montaigne esto no es así, ya que los tilda de ser los más rectos por seguir las costumbres.

<sup>33</sup> Ernst Cassirer, p. 204.

<sup>34</sup> Op. cit., p. 200